

Análisis Transaccional de Eric Berne: una revisión crítica de su dimensión política como dispositivo de control

Eric Berne's Transactional Analysis: a critical review of its political dimension as a control device

Juan Luis Durán Vaca, Paulina Estefanía Buenrostro Sereno, Raúl Ernesto García Rodríguez

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, Michoacán (México)

Resumen. El Análisis Transaccional es un modelo de intervención cuyo surgimiento tuvo influencia principalmente de la psicoterapia de grupos y el método psicoanalítico. Funciona como un dispositivo de reflexión que promueve la comprensión y mejora de la calidad de las relaciones interpersonales, buscando promover interacciones autónomas y conscientes. Esta práctica influye en el proceso de la estructuración y el funcionamiento de la personalidad de los sujetos, siendo el motivo por el cual el ejercicio analítico aquí descrito hace hincapié en las relaciones de poder que se presentan en la práctica de dichos vínculos, reproduciéndose con ello, de manera casi imperceptible pero implícita, órdenes sociales e institucionales procuradoras de la disciplina como finalidad, esto a través del ajuste *funcional* de cada individuo que se ve reflejado en la comunidad. La crítica va encaminada al Análisis Transaccional como ejemplo sutil de gestión de regulación social y mecanismo político para la normalización.

Palabras clave: Análisis Transaccional, control social, Psicología crítica, teoría política, transacción.

Abstract. Transactional Analysis is an intervention model whose emergence was mainly influenced by group psychotherapy and the psychoanalytic method. It functions as a reflection device that attempts to understand and improve the quality of interpersonal relations besides promoting autonomous and conscious interactions; such practice influences the process of structuring and functioning of the personality of the subject. The analytical exercise here

described emphasizes the power relations that arise in such device due to it reproduces social orders and disciplinary institutions in an almost imperceptible but implicit mode through functional adjustment of each individual. This review points to Transactional Analysis as a subtle example of management of social regulation and political mechanism for normalization.

Keywords: Critical psychology, political theory, social control, transaction, Transactional analysis.

Introducción

El Análisis Transaccional es una teoría de la personalidad y de las relaciones humanas que a pesar de que originalmente fue concebida para el trabajo en grupo, se aplica para la psicoterapia y el crecimiento y cambio personal u organizacional en numerosos campos, caracterizándose por su condición contractual y decisional por medio de la cual se conciben los objetivos y direcciones del proceso.

Cabe destacar que por ser un ejercicio respaldado por la psicología, los sujetos y pacientes involucrados asumen que los analistas detentan cualidades benefactoras atribuidas casi siempre de manera automática y acrítica en el contexto teórico y práctico del propio análisis. Esto permite que la *ayuda* presentada actúe de manera rápida como respuesta a las demandas de atención, propias del malestar inmediato, postergando con ello la oportunidad de permitirse espacios de introspección que puedan promover en el sujeto, por sí mismo, la elección de alguna otra alternativa que proporcione una solución integral a sus conflictos. Sin embargo, pareciera más fácil casi siempre aceptar la guía de algún tercero por el hecho de ser *profesional* y contar con un método.

En este escrito se promueve la reflexión apoyada en algunos postulados de ciertos autores que argumentan, entre otras premisas, la existencia de un trasfondo político de una psicología dominante en los ejercicios de intervención.

La descripción de los mecanismos del Análisis Transaccional permitirá ubicar y comprender su funcionamiento y sus bases para poder incorporar a partir de ese instante un ejercicio crítico de sus mismos postulados y generar con ello una posibilidad de deconstrucción en tanto sistema inmanente de reproducción de relaciones de poder.

En todo caso el presente escrito no pretende proponer argumentos que impliquen una desarticulación total del sistema criticado (que por su parte ha logrado una presencia más o menos estable en las diversas variantes teórico-prácticas de intervención psicológica), sino acaso una serie de cuestionamientos que permitan abrir reflexiones e impugnaciones

concretas a los valores y prácticas establecidos en el propio Análisis Transaccional. Aunado a lo anterior el presente artículo no tiene la intención de concluir de manera definitiva con las reflexiones que propone, por lo que cierra las ideas presentadas con un sencillo apartado de “consideraciones finales” (en lugar de “conclusiones”) en el reconocimiento de que una revisión como ésta no agota todas las posibilidades de profundización y ulteriores críticas.

Contextualización histórico-teórica del Análisis Transaccional

Eric Berne (1910-1970) fue el principal fundador, creador e innovador del Análisis Transaccional. Canadiense de nacimiento, se formó como Psiquiatra en la Universidad de Yale en 1941. Posteriormente estudió Psicoanálisis bajo la dirección de Erik Erikson (Coles, 1975) en el Instituto Psicoanalítico de San Francisco y más tarde en New York. Interesado en la psicoterapia de grupos, estableció relaciones con diversos teóricos, entre los que se puede destacar Nathan Ackerman (1961), quien fue pionero en el campo de la terapia familiar.

Durante los años cincuenta, Berne configuró un sistema de intervención psicológica basado en sus observaciones en la psicoterapia de grupos, otorgándole el nombre de “Análisis Transaccional” (en adelante “AT”), el cual expresaba contradicciones con el método psicoanalítico, sin lograr evitar, no obstante, la influencia de éste en la conformación de sus fundamentos teóricos.

De esta manera, en 1958, Berne trabajaba en el seminario de Psiquiatría Social en San Francisco que posteriormente se convirtió en la Asociación Internacional de Análisis Transaccional, distinguiéndose desde entonces por implicar en su quehacer un enfoque terapéutico que no se concentraba dentro del esquema de la enfermedad y de la psicopatología, sino más bien, en aspectos cognitivo-rationales y conductuales de la personalidad, orientando todo el proceso hacia la toma de conciencia de las personas en relación con su capacidad de decisión y con la posibilidad de cambiar de manera significativa el curso de su vida.

Las influencias del surgimiento del AT tuvieron base inicialmente en las explicaciones de origen freudiano, complementándose cada vez más y mejorando a la par de nuevos conocimientos y sucesos que fueron ocurriendo a través del tiempo, como la crisis del conductismo cercana a los años 60 donde le llegaron sus máximos cuestionamientos como método eficaz casi universal, el surgimiento de la teoría computacional de la mente o *Procesamiento Humano de Información* aunado a la aparición de los primeros computadores, así como colocándose la Psicología Cognoscitiva como una de las más influyentes e importantes (León et al., 2012).

Uno de los objetivos principales del AT es proporcionar recursos que faciliten la expresión emocional plena así como la satisfacción de diversas

necesidades psicológicas a través de la concientización del estilo de transacciones que la persona ejecuta, entendiéndose *transacción* como: “La unidad base de medida de los intercambios entre las personas” (Chandezon & Lancestre, 2001, p. 40); dando pie con ello a hacer posible el estudio de transacciones psicológicas, sociales e incluso internacionales.

Mediante un modelo esencialmente racional, de vínculos y de aprendizajes nuevos, apoyándose en un lenguaje sencillo, el AT basa su filosofía en premisas humanísticas que parten del principio de que *todos nacemos bien* y que después en las relaciones que establecemos con los demás tomamos decisiones autolimitadoras con las cuales incorporamos muchas veces de manera inconsciente aprendizajes nocivos (Rogers, 1972), los cuales en su mayoría asimilamos desde la niñez en el seno de nuestra familia y del contexto socio-cultural, conformando con ello parte de la estructura y el funcionamiento de nuestra personalidad.

Respecto a ello, este dispositivo tiene su definición de constructos propios -*mensajes, caricias, mandatos, prohibiciones y permisos*- con los cuales se pretende explicar cómo las personas reciben y adquieren conocimientos instructivos sobre quiénes son y cómo deben ser, adoptando determinadas percepciones sobre sí mismos, las otras personas y la vida.

Posteriormente, el trabajo de Berne ayudó al desarrollo de otros enfoques del AT, pudiéndose mencionar por ejemplo el trabajo de Muriel James (1977) donde trabajó con Dorothy Jongeward en “El libro de Todos” y explicaron ahí las supuestas vías adecuadas a través de las cuales cualquier persona pudiese lograr la comprensión de sí misma y la de los demás, para ampliar las posibilidades de éxito motivadas por el seguimiento de pautas específicas para obtener cambios en menor tiempo y con larga duración.

Tiempo después Jongeward también trabajó con Dru Scott (1991) en su libro “Mujer triunfadora”, en el cual se aprecia una canalización de la teoría transaccional enfocándose a utilizar los cuentos infantiles como ejemplos acerca de la manera en que los *libretos* pueden inculcarse de manera inocente desde épocas tempranas de la vida y con ello seguir reproduciéndose en la vida adulta. En este libro también ellas apuestan a exhortar a los lectores a que lleven a cabo aquellas elecciones significativas reprimidas que la sociedad, las circunstancias y ellos mismos no han permitido.

En resumen, a partir de las influencias globales del entorno y de las decisiones que el sujeto tome respecto a su identidad y de las posiciones existenciales que asuma, éste tendrá la oportunidad de ir elaborando y viviendo lo que Berne (1974) denomina *guion de vida*, ya sea de manera positiva, o bien negativa, al hacer surgir problemas con el desarrollo de *mitos* en el *libreto* que el sujeto asume para sí mismo, *mitos* basados en mensajes falsos y negativos provocadores de situaciones automáticas

destructivas sostenidas por aprendizajes nocivos previamente incorporados, todo lo anterior mientras participa en *juegos psicológicos* que le permiten mantener o reforzar sus subjetividades (Berne, 1976).

Nociones fundamentales del Análisis Transaccional

En principio, Berne expone al AT como una concepción dinámica de la personalidad que comprende la incorporación más o menos consciente de prescripciones respecto a lo que debe ser de su vida según el contexto en el que el sujeto se desarrolló a lo largo de su ontogénesis, lo cual configura el llamado *sentido aprendido de la vida*. Aunado a ello también organiza su personalidad acorde a procesos autovalorativos que configuran el concepto de sí mismo en relación con la percepción de quienes lo rodean, asumiendo así su *sentido propio de la vida*. Por último, de acuerdo al desarrollo de sus potenciales cognoscitivos y afectivos en relación con sus diversos acontecimientos vitales, la persona involucra un *sentido razonado de la vida*, el cual eclosiona en su comportamiento cotidiano y se manifiesta en la sucesión de cambios de comportamiento muchas veces aparentemente inexplicables o sin relación directa con la naturaleza de estímulos observables procedentes del ambiente y que se expresan tanto en la estructura y contenido del discurso verbal, como en movimientos y posturas del cuerpo, siendo para Berne estas situaciones expresas las que sostienen una coexistencia de *estados* en un mismo individuo, tal como si hubiesen varias personas en una.

Berne (1976) afirma que “un estado del Yo puede describirse como una serie coherente de sentimientos y funcionalmente como una serie coherente de patrones de comportamientos” (p. 27), así como que toda persona tiene tres estados dentro de sí misma, los cuales refiere en sus postulados como: *padre, adulto y niño* (1974).

Estos estados del Yo constituyen, fenomenológicamente y operacionalmente, la manifestación de tres aspectos estructurales de la personalidad: la extereopsiquis (conformada por las imposiciones y normas externas al sujeto que introyecta y de alguna forma dirigen o matizan su percepción y vínculos con otras personas), la neopsiquis (constituida a partir de la estimación racional y ecuánime de los fenómenos del mundo real) y la arqueopsiquis (caracterizada por vestigios de la niñez que permanecen en el sujeto adulto).

El estado Padre, en palabras de Zaldivar (1998, p. 58):

Representa la imagen de las figuras parentales que hacen que el sujeto responda ante ciertas situaciones como respondieron sus padres o sustitutos; así el sujeto puede adoptar de estos determinados gestos, posturas o sentimientos, refleja el tipo de transacciones que el sujeto desarrolló con sus padres. (...) Muchas de las decisiones del sujeto y de sus pensamientos

automáticos reflejan la influencia parental ya que en cierta medida, el sujeto responde de acuerdo con las expectativas que sus padres tenían en cuanto a cómo él debía comportarse o reaccionar ante determinada situación.

En efecto, el estado Padre se conforma por la interiorización de ejemplos conductuales, conceptos, prescripciones, normas o creencias, entre otros, que se *graban* en el individuo de manera acrítica, independientemente de su adecuación o arbitrariedad. Así, el estado Yo Padre tiene precisamente dos dimensiones:

una de carácter ordenador y correctivo, sustentado en el principio de autoridad y en la función educadora del Padre, instancia que se identifica como Padre crítico (PC), y otra de carácter afectuoso, nutricional y permisivo, denominado Padre Nutricio (PN) siendo sustentado en el principio de atención y cuidado de los demás y de la función protectora del Padre” (Thomas en Castanedo, 2000, pp. 66-67).

Berne señala que el estado del Yo Padre no es totalmente inmutable, sino que implica una condición dinámica puesto que puede cambiar sus expresiones en el tiempo al calor de las vivencias del sujeto psicológicamente adulto, las cuales pueden decursar en sentido o en contrasentido del repertorio valorativo-emocional y comportamental original del propio estado Padre. De esta forma, se puede distinguir un segundo desglose claro entre los posibles signos, positivo y negativo tanto en el Padre del Padre Crítico como en el Padre Nutricio.

Así, el Padre Crítico Negativo (PC-) es excesivamente prejuiciado, rígido y autoritario, es decir inflexible, impositivo y descalificador en sus transacciones con otros, acosa, persigue y frecuentemente humilla al interlocutor. Su eje son las órdenes y las obligaciones que asigna e implica una sobrevaloración de sí mismo o autoposesión y una infravaloración de las otras personas, siendo, en cambio, el Padre Crítico Positivo (PC+) firme, serio y justo en sus planteamientos y vínculos con otros, emite crítica constructiva buscando el beneficio del otro, protege al interlocutor enseñándolo a no exponerse sin necesidad a peligros o errores, pero al mismo tiempo motivándolo a actuar, valorar y respetar las percepciones y decisiones ajenas siendo persuasivo. Por su parte, el Padre Nutricio Negativo (PN-) es en exceso condescendiente y sobreprotector, desplegando mensajes de compasión y lástima por el otro al tiempo que destaca de una forma u otra su presunta superioridad, es absorbente y pretende neutralizar la libertad y las posibilidades de autodeterminación del otro, siendo por su parte el Padre Nutricio Positivo (PN+) aquel que expresa provisión y orientación por el interlocutor, pretendiendo cuidarlo pero al unísono promoviendo su crecimiento independiente estimulando paulatinamente la autodeterminación del mismo.

Con lo anterior es entendible que la modificación en sentido positivo del esquema dominante que actúa en el estado Padre puede ser tratado dentro de la psicoterapia con el proceso de *reparentalización* involucrando la sustitución de *grabaciones* negativas por otras constructivas hacia sí mismo y hacia otros.

Posteriormente Berne (1976, p.31) describe también que:

El estado Adulto es necesario para la supervivencia ya que es el que piensa objetivamente y computa las probabilidades que son esenciales para tratar efectivamente con un mundo adverso. Experimenta a su vez sus propias contrariedades y satisfacciones. (...) Otra tarea del adulto es la de regular las actividades del Padre y del Niño y de servir de intermediario objetivo entre los dos.

Este es el encargado de interactuar de manera racional, pertinente y consecuente, siendo el que promueve comportamientos convenientes, adecuados, juiciosos y razonados, pretendiendo lograr *objetividad* en la valoración de los acontecimientos y liberarse de la influencia nociva de cualquier evaluación previa no fidedigna.

El estado positivo del Adulto (A+), se informa concienzudamente e implica el sentido de vida respecto a la realidad externa e interna correspondiéndole la dirección de la personalidad y la regulación de la conducta, siendo por él que cualquier persona tiene la alternativa de poner en marcha sus potencialidades y de resignificar sus actitudes y comportamientos con base a los análisis procedentes de los otros dos estados del Yo, los cuales no pretende eliminar sino en todo caso *filtrar* en términos de adecuación y productividad. En cambio, la expresión negativa del Adulto (A-) consiste en el desbordamiento de la *frialdad* racional que utiliza en sus transacciones, omitiendo la consideración de sentimientos y/o valores pertenecientes a otros estados del Adulto Constante, o en el desplazamiento de las funciones del Adulto por designios del PC- o fantasías del niño, transformándolo en un *Adulto contaminado* o *Adulto cuadrado* (AC) tratándose en estos casos de individuos que manifiestan un esquema de pensamiento dicotómico, plagado de conceptos prejuiciados o supersticiosos, cuyas acciones se fundamentan en una información incompleta, parcial o errónea y operan en forma fanática o pueril.

Por último abordando al estado del Yo Niño, Berne (1976, p.30) lo describe como:

(...) (un estado del yo arcaico), ya que es más biológico e imparcial y que contribuye a la vida del individuo exactamente como un niño verdadero suele hacerlo en la vida familiar: encanto, placer e impulso creador. (...) domina en ocasiones con resultados desconcertantes.

Este estado se conformó a través del descubrimiento del entorno en la etapa infantil desarrollando la capacidad de acción e influencia sobre los

demás, distinguiéndose su proceso de construcción de la individualidad, sucediendo en la estructuración de su pensamiento con *simbología propia* y una *lógica personalista* respecto a lo que interpreta, proyectando una visión de carácter *mágico* relacionada con posibilidades intuitivas, imaginativas e incluso creadoras, las cuales continúan en reactivación permanentemente, sobre todo en situaciones de dependencia, tensión, enfermedad o cuando se presenta la oportunidad de diversión.

Se plantea que la presencia de este estado ocurre de manera espontánea y expresa emociones auténticas en relación con los sucesos y estímulos actuales, tanto internos como externos, de manera libre y carente de una conciencia de finalidad, de este modo se expresa en la personalidad del individuo el Niño Natural o Niño Libre (NL), el cual promueve autenticidad en cada transacción, así como imaginación y creatividad, cuyos efectos en la configuración personalógica significan el desarrollo de capacidades de cambio y crecimiento flexible, intuitivo y gratificante. Acompañado de ello, el estado del Yo Niño tiene también una dimensión conformada por grabaciones de carácter normativo en relación a tradiciones socioculturales impuestas por la educación, a través de lo cual se contienen y encauzan sus impulsos y sus reacciones espontáneas desde la perspectiva de adultos y padres conociendo a esta parte como Niño Adaptado (NA), el cual puede derivar a su vez en sumiso (NAS) o rebelde (NAR), siendo frecuente que una de las instancias del estado Niño prevalezca y desplace parcial o totalmente a la otra y comúnmente que en nuestro medio, por determinaciones culturales, el *Niño Adaptado* se presente con mayor énfasis que el *Niño libre* o *Natural*.

Por consiguiente:

Un individuo plenamente integrado es capaz de ser adulto e infantil al mismo tiempo, o sea apto para sentir plenamente las emociones inherentes a sus situaciones vivenciales y gozar de la vida sin tener que ser siempre solemne, coherente, serio y mesurado. Dicha persona se halla, por lo tanto, libre de las ataduras inhibitorias y autojuzgadoras derivadas del concepto rígido y grave del adulto *normal* sustentado a menudo por el Padre. (Thomas en Castanedo, 2000, p.72).

Por lo cual y en síntesis, queda claro que el objetivo fundamental del AT es procurar la aparición y permanencia de ese *individuo plenamente integrado* en cualquier contexto, identificando aquel estado que manifieste la persona y ejecutando aquel tipo de *transacción* más acertada acorde a él -de los cuales sobresalen los tres tipos básicos consiguientes: Padre dirigido al Niño, Adulto dirigido a otro Adulto o Niño dirigido al Adulto- para que al final sea posible obtener el resultado deseado de aquellas estrategias de interacción a desarrollar cuyas ejecuciones implican generar cambios en el sujeto.

Crítica a la concepción de Eric Berne como dispositivo de control político

Berne hace una división del psiquismo en tres estados y posteriormente los subdivide. Esto lo realiza no poseyendo suficiente fundamento teórico, pues en principio no dispone de una estructura estable que argumente tal división. Muchos autores interpretan las aseveraciones del fundador del AT como suposiciones. La teoría no posee una lógica interna que le brinde estructura y cimientos para poder defenderla como es debido, con fundamentos concretos, dejando espacio para la duda; es esa falta de hipótesis central al hablar de los estados como parte de una personalidad única del sujeto lo que ocasiona que muchos lectores se hagan preguntas como ¿en qué se basa para realizar tales divisiones?, ¿por qué ya habiendo hecho las divisiones en la personalidad es necesario subdividir las de nuevo haciendo fuertes aseveraciones de cómo es cada una de ellas como si realmente existieran pruebas contundentes de que tales estados son como lo afirmamos? (Chandezon & Lancestre, 2001).

Sin duda, una de las críticas más directas que pueden formularse en contra del AT es el carácter categórico, esquemático y relativamente rígido con el que asume las diferentes categorías teóricas para el trabajo psicológico, como si las realidades subjetivas pudieran quedar descritas en su complejidad por medio de los diferentes *estados del Yo* o de los supuestos aspectos estructurales de la personalidad que el propio AT propone. En este mismo sentido, plantear el momento más significativo de los vínculos y relaciones sociales en términos de *transacción* constituye de algún modo un planteamiento que propende al reduccionismo.

Otra reflexión que puede abrirse respecto del AT es el carácter predominantemente familiarista y estrecho que tiene su universo teórico aunado a un carácter trascendentalista respecto a los propósitos de la intervención terapéutica que se dirigen a lograr la *funcionalidad* y la *realización* personal plena del sujeto, a través del llamado *guion de vida*, lo cual constituye de hecho, una nueva captura ontológica y política del mismo. En esta misma lógica, el AT plantea un carácter relativamente asocial al analizar los casos, en tanto que no considera los diversos y amplios campos históricos sociales que desbordan en muchos sentidos el campo específico de la familia y sus relaciones concretas. Es decir, los ámbitos psicosociales no pueden quedar reducidos a su expresión familiar que el AT prioriza en sus interpretaciones e intervenciones.

Sin embargo, a pesar de los vacíos argumentativos en sus fundamentos, el AT sigue funcionando con flexibilidad como instrumento terapéutico que moviliza al cliente hacia la apertura a un diálogo más o menos directivo que mantiene una constante motivación por parte del terapeuta en la búsqueda de una presunta verdad del sujeto, vinculada a la solución supuestamente personalizada de cada caso. Esta misma flexibilidad es lo que permite que el AT pueda considerarse como un

planteamiento intermedio entre la terapia conductual y el psicoanálisis, dándole con ello mayor auge a aceptarse como una mejor opción. De la primera se toma el cuidado por poseer el mayor control de resultados y de la segunda acepta las teorías y principios a pesar de que en algún momento se aceptó estar en desacuerdo con ella. El AT ayuda a los individuos a pasar de un estado a otro sin profundizar con más cuidado en cada uno de ellos, incluso si fuese necesario en primera instancia (Chandezon & Lancestre, 2001).

Por ello, el AT existe como un dispositivo del control al que cualquier individuo puede acceder fácilmente, independientemente de la situación en la que se encuentre, esto por el sencillo lenguaje que utiliza y el fuerte impacto que genera en el sujeto. Estas características aunadas a otras especificadas anteriormente hacen del AT un poderoso instrumento de cambio, de comunicación adaptativa e incluso de eventual manipulación entre las personas a pesar de las carencias teóricas que presenta.

En tanto ya se han podido ubicar las diferentes concepciones de los *estados* acerca de cómo puede funcionar una persona en determinado momento, es posible abrir también una nueva visualización que reconoce las diferentes posibilidades de existencia personalógica del sujeto. Con base en lo anterior se fundamenta que un analista transaccional pueda identificar, por lo tanto, en el sujeto los distintos aspectos de su personalidad a través de los cuales podría influir en las transformaciones de su realidad, convirtiéndolo de hecho en algo parecido a un ente plástico susceptible de moldearse.

Aun a costa de los desbordamientos de imaginación, creatividad y del apasionamiento por parte de los sujetos, para que determinadas acciones de manipulación puedan concretarse, siguiendo a Fromm (2006), se sugiere la explicación de una presencia de miedos por parte de los individuos con referencia a qué hacer con su libertad, motivados a vincularse a sujeciones que vayan acorde a sus deseos de evadir su responsabilidad respecto a su albedrío, sujetándose a estas relaciones de manera precipitada como una nueva forma de sumisión y dependencia.

Lo anterior se hace presente también dentro del trabajo terapéutico que se convierte en un escenario donde disminuye la angustia por los conflictos, al menos de manera temporal, dejando al sujeto con cierta tranquilidad y sensación de alivio consigo mismo a costa de seguir las indicaciones del analista, situación que acrecentará en su imaginario la efectividad del camino trazado por el propio terapeuta. Este proceso habrá de ampliar y reforzar el deseo, o incluso la necesidad, de continuar en el trabajo del dispositivo terapéutico, mostrándose más dispuesto a recibir instrucciones del analista.

Las posibilidades de manipulación aparecen en forma de diálogos predeterminados con el sentido de promover que la persona acceda a cierto esquema de comprensión aceptable, aparentemente sustentado en sí

mismo y en sus propios recursos de entendimiento, dirigidos a producir soluciones *autónomas* a sus conflictos y a implementarlas desde cierta forma de convencimiento.

Con todo esto, el AT busca *ayudar* a las personas a que aprendan a manejar los estados del yo, convirtiéndolas sutilmente en individuos que pueden (o deben) ser manipulados en función de su propio beneficio adaptativo o que devienen dependientes en nombre de un supuesto crecimiento personal basado en logros transaccionales que los llevan a constituirse en términos de una supuesta *personalidad integradora*. Esta puede estar fundamentada, según Berne (1976), en la *adquisición de autonomía*, la cual se piensa como posibilidad de liberación subjetiva que aparece cuando el individuo es capaz de demostrar conciencia, espontaneidad e intimidad en ciertos momentos específicos de su vida, en los que decide cómo va a enfrentarlos y gestionarlos, sobrellevando las diversas demandas normativas de la sociedad y sobreponiéndose a las eventuales ventajas derivadas de su círculo social inmediato para ejercer *libremente* las decisiones que resultan de su propia voluntad. Sin embargo, semejante liberación subjetiva parece ser posible sólo a través del propio dispositivo terapéutico, sin el cual no serían necesariamente reconocibles acciones congruentes de transformación de las relaciones interpersonales del sujeto.

Bien se entiende que el dispositivo que creó Eric Berne fue generado para fines de beneficio psicológico y social hacia la persona participante, se trata de un planteamiento en el que la persona misma crea su propio ritmo de avance y aprendizaje dentro de su proceso personal, no obstante es posible señalar que a pesar de las nobles intenciones del dispositivo su puesta en práctica reproduce en la persona implicada una serie de elementos de sujeción tales como ciertas metas o propósitos implícitos vinculados a otras personas e instituciones que operan como una maquinaria de relaciones sociales al servicio de un sistema inmanente de relaciones de poder, invisible ante las miradas y conversaciones cotidianas pero que se encarga de generar individuos funcionales, dóciles en buena medida y simultáneamente susceptibles de sentirse satisfechas y felices con su realidad existencial.

Tal como se ha señalado en otro momento:

En la línea reflexiva que propone Nikolas Rose (1996), puede comprenderse que la disciplinarización de la Psicología está constitutivamente relacionada a las transformaciones de la racionalidad y de las tecnologías del poder político desde fines del siglo XIX; momento en que el ejercicio de gobierno se dirige a garantizar en lo posible la normalidad física y mental así como el bienestar de la ciudadanía en un proyecto estratégico que propende a la conformación y regulación de las formas de vida íntima o privada de trabajadores, padres, madres e individuos en general. El poder codificado como Estado

despliega su acción como parte un amplio programa de conducción del comportamiento, a través de diversas autoridades sociales. De esta manera el conocimiento *psi* y sus procedimientos técnicos se utilizaron desde su inicio para promover y consolidar ejercicios de autocontrol o autoconducción de los individuos acorde a las normas de convivencia y desarrollo social. La psicología deviene pues, inevitablemente una tecnología de subjetivación; una racionalidad práctica dirigida a la sujeción de los individuos y aplicada socialmente a nombre de la virtud, la felicidad, la eficiencia, la salud, la gracia o el autodiminio” (García & López, 2011, p. 30 y 31).

Es posible apreciar entonces que los mecanismos del AT, entendidos como dispositivo de control, comienzan a actuar a partir de la confianza creada por los participantes hacia el analista, confianza trazada previamente por parte del sistema de relaciones de poder en el que esos participantes se han desenvuelto, aceptando tácitamente con ello que las interpretaciones o reflexiones propias de una situación sean dirigidas por el propio analista en aras de que dichos sujetos puedan resignificar y modificar su actuación en la vida. De esta manera el analista a través un acto que involucra la utilización de un lenguaje sencillo y preciso así como ciertas actitudes complementarias, se convierte en una figura merecedora de atribuírsele intenciones benéficas y digna de recibir la confianza y el reconocimiento de autoridad, proveedora de la *cura* o propietaria de la información *necesaria* para transformar a los sujetos en individuos *funcionales*. En este sentido se modifica la percepción del mundo en los sujetos concernidos, percepción que se parecerá a la visión del mundo que detenta quien dirige el propio análisis, o bien, constituyéndose en su defecto como la visión de cierto sistema que está detrás del mismo analista, el cual funge como representante infiltrado de las relaciones de poder vigentes en los sujetos intervenidos que se disponen al *cambio*.

El analista que sobrelleva el proceso tiene acceso con relativa facilidad a las percepciones y los sentimientos de los individuos, con lo cual resulta relativamente sencillo y eventualmente frecuente reactivar la sensación de falta o desviación que supuestamente la persona haya podido cometer y con ello lograr efectos correctivos para inaugurar un proceso efectivo de cambio, que en estos ámbitos significa lograr (y en su caso además gratificar) el encauzamiento del sujeto y su adecuada funcionalidad en el mundo implacable de la normalización.

Las personas que supervisan dichos ejercicios transaccionales, incluso bien intencionadas y deslindadas de pretensiones explícitas de manipulación social, contribuyen a la alienación, en términos de que cualquier proceso de análisis y/o psicoterapia tiende a reproducir una

serie de justificaciones vinculadas al mandato o a la consigna de *apoyar* a los sujetos a que sean funcionales en relación a lo permitido legalmente.

Los analistas transaccionales –así como otros tipos de expertos psicológicos– aparecen en esta trama atrapados en agendas enfocadas al involucramiento de ciertas metodologías que son dignas de ser examinadas a detalle, ya que cada una en su ejercicio continúa, por su parte, contribuyendo a acrecentar la condición disciplinaria de la psicología y a los procesos de psicologización de la sociedad actual (Parker, 2010). Si el analista detecta cualquier *anormalidad*, por sutil que sea, en aquellas personas que acuden buscando orientación, tendrá que estructurar, como ejercicio final, pautas de intervención directivas que acoplen al sujeto a cierto modelo de funcionamiento que encuadre de la mejor manera posible al individuo a que cumpla con ciertos estándares de lo esperado, promovidos o llevados a cabo por la mayoría de la población, por lo cual, al caer de nuevo en la norma social como punto de partida, en relación a las libertades individuales y posibilidades de expresión propia, se entiende que dentro del ejercicio terapéutico acontece una especie de coacción calificable como necesaria, en tanto que en la mente del paciente se habrán introducido ciertos discursos y patrones a cumplir con la consigna sutil de seguir siendo, o convertirse en, un buen ciudadano.

Fernando Álvarez-Uría (en Romero & Vázquez, 2006) desarrolla de manera crítica una reflexión acerca de la transformación del ciudadano a partir del nacimiento de la ciencia moderna, vinculándola con el desarrollo de los actuales campos de la psicología y la sociología. En este sentido se destacan las diversas posibilidades de relación entre ambas disciplinas que favorecen una inadecuada concepción individualista y asocial del *sujeto psicológico*.

Óscar Daza Díaz (2006) resalta también el papel influyente de los valores, presupuestos y condiciones sociales como aspectos presentes en los orígenes de la psicología académica, misma que es modelada como una parte activa del control social, cuyas consecuencias aún sufrimos en la actualidad y que están relacionadas con una cultura que adopta con amplitud e insistencia el objetivo de dirigir procesos de intervención. Al respecto Daza Díaz afirma que:

Al menos históricamente, nuestra actual psicología es una doctrina nacida junto a los principios del progresismo liberal americano, cuyos lemas eran y son: el control social y el estudio de los individuos para la selección y la vigilancia; la eficacia y rapidez de la producción industrial; la reforma de los individuos para adaptarlos a esa tecnología, y el progreso ilimitado de nadie sabe quién (Daza, 2006, p. 42).

Por lo tanto, el resultado del uso del AT será proclive a implicar de algún modo en los sujetos subordinados la instalación de nuevas verdades mediante una especie de acto de violencia simbólica, momento que supone

un proceso orientado a la inclusión del sujeto en un sistema de relaciones sociales preestablecidas que impone y desarrolla su propia legitimidad en términos de evidencias, convicciones comunes e instituciones. Desde luego, el AT es capaz de problematizar, proponer planteamientos y líneas de acción que se asumen como posibles soluciones a las dificultades psicosociales y familiares de las personas. A través del AT se persuade, se negocia, se calcula y se resignifican esquemas de percepción.

En todo caso la mecánica de trabajo que propone Berne se trata de una práctica enfocada al logro de objetivos y metas que de manera sutil con participaciones casi imperceptibles sigue siendo parte del mecanismo político de la regulación social: *una tecnología de normalización*.

Consideraciones finales

Eric Berne en su postulado del AT elaboró un modelo topográfico con diferentes instancias acerca de la mente y su comportamiento correspondiente, esto a manera de metáforas intuitivas útiles para saber qué roles se llevan a cabo en todas las comunicaciones emergentes brindando con ello la utilidad de cómo interpretar también ciertos mensajes y comportamientos entre otros.

A pesar de que este enfoque sugiere que la persona tiene todas las capacidades y con ello el control de gestionarse lo que necesita para poder estar en un estado óptimo, éste se acopla a los estándares, prescripciones e ideales que van surgiendo en la cotidianidad social al tiempo que reconoce las diferencias culturales en las distintas comunidades y sus costumbres.

El hecho de que las prescripciones y costumbres sociales estén en un constante cambio, obliga a las distintas disciplinas y prácticas de intervención psicológica a transformarse y adaptarse a los requerimientos específicos de la convivencia social en cada momento histórico concreto, y esto supone la necesidad de involucrar un esfuerzo constante de apreciación crítica en relación con los contenidos y propuestas mismas de tales modalidades de intervención.

No obstante, el AT en su construcción teórico-interpretativa continúa propendiendo, como se ha dicho, a la generación o a la producción de verdades psicológicas apoyadas en una presunta realidad esencial del sujeto y sus relaciones que, a través de la perspectiva del analista, definen a la persona en términos de diagnósticos trascendentales (como cuando se habla del presunto *sentido aprendido, propio* o *razonado* de la vida), que cancelan otras posibilidades de articulación y recomposición subjetiva porque omiten diferentes potencialidades de producción alterna de subjetividad.

La práctica del AT se convierte entonces en un instrumento relevante al servicio de las instituciones, pero que continúa comprometiendo la libertad del sujeto con un proceso de sujeción que propende a la incorporación de patrones normativos, por lo tanto al ejercicio del diálogo terapéutico en el AT se le debe reconocer una capacidad de instrumentalización del sujeto, quien se vuelve más susceptible de ser capturado en términos funcionales y productivos por las redes sociales y políticas correspondientes.

Ante este desglose reflexivo será preciso preguntarnos, entonces, ¿qué hacer ante determinados mecanismos de intervención y programas sociales que han sido bien aceptados por la sociedad y que se han asimilado como *benéficos*?, ¿cómo reaccionar ante las organizaciones profesionales y ante las prácticas institucionales que siguen implantando ciertas *verdades* en la sociedad?, ¿qué podría cambiar en los ejercicios de intervención psicológica para que el sujeto se involucre con sentido crítico en soluciones provenientes de su introspección?

Referencias

- Ackerman, N. W. (1961). *Diagnóstico y tratamiento de las relaciones familiares. Psicodinamismos de la vida familiar*. Buenos Aires: Horne.
- Álvarez-Uría, F. (2006). Psicología y Sociología: hacia una cooperación necesaria. En Romero, J. y Vázquez, R. (coord.), *Antipsychologicum* (pp. 13-25). Bilbao: Virus.
- Berne, E. L. (1974). *¿Qué dice usted después de decir "Hola"?*. Barcelona: Grijalbo.
- Berne, E. L. (1976). *Juegos en que participamos*. México: Diana.
- Chandezon, G. & Lancelstre, A. (2001). *El Análisis Transaccional*. Madrid: Morata S.L.
- Coles, R. (1975). *Erik H. Erikson: La evolución de su obra*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Daza, Ó. (2006). El paradigma de control social en los orígenes de la psicología. En Romero, J. & Vázquez, R. (coord.), *Antipsychologicum* (pp. 27-42). Bilbao: Virus.
- Fromm, E. (2006). *El miedo a la libertad*. México: Paidós.
- García, R. & López, C. (2011). Las prácticas interventivas del complejo psicológico: breve análisis crítico para el mundo de hoy. En Lepe, L. & Sánchez, A. (coord.), *Perspectivas Críticas de la Psicología* (pp. 23-41). México: Fondo Editorial Morevallado.

- James, M. & Jongeward, D. (1977). *El libro de todos, Análisis Transaccional para estudiantes*. México: Fondo Educativo Interamericano S.A.
- Jongeward, D. & Sscott, D. (1991). *Mujer triunfadora, Análisis Transaccional para el desarrollo personal*. Wilmington: Addison-Wesley Iberoamericana.
- León, G. et al. (2012). *Historia de la Psicología*. México: Departamento de Publicaciones de la Facultad de Psicología de la UNAM.
- Parker, I. (2010). *La psicología como ideología contra la disciplina*. Madrid: Catarata.
- Rogers, C. (1972). *El proceso de convertirse en persona*. Barcelona: Paidós.
- Rose, N. (1996). *Inventing Ourselves: Psychology, Power and Personhood*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Thomas, P. (2000). Terapia transaccional. En C. Castanedo (ed.), *Seis enfoques psicoterapéuticos* (pp. 55-126). México: El manual moderno.
- Zaldivar, D. (1998). *Alternativas en psicoterapia*. La Habana: Academia.
-

Fecha de recepción: 30 de abril 2016

Fecha de aceptación: 15 de febrero 2017